



APÉNDICE

CONTESTACIÓN DE D. ALEJANDRO PIDAL Y MON Á LA CARTA «IN DUBIIS LIBERTAS».

« Encontrando demasiado tirante
el arco por una parte, probé á do-
blarle por la otra, quizá con exceso.»

(CARTA DE MENÉNDEZ Y PELAYO.
La España, 21 Abril 77.)

Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.



QUERIDO amigo : La carta de V. , á que
contesto , cayó sobre mí como una
bomba ; rompióse en mis propias
manos la pluma con que había empezado á
refutar el extenso artículo del racionalista
Sr. Perojo , publicado en el último número
de la *Revista Contemporánea* , sobre *La Cien-
cia Española* , y aunque á ninguno cedo en
fe y entusiasmo , juzguéme débil y sin fuer-

zas, y, sobre todo, sin autoridad para contestar á V. como se debía.

El desaliento y la tristeza que de mi ánimo se hallan apoderados con el repugnante espectáculo que diariamente presencio en las columnas de ciertos periódicos, que, cerradas para todas las grandezas del movimiento católico y las luchas científicas, sólo se abren á la calumnia, á la injuria y á la acusación contra sus hermanos los católicos; las tareas políticas, que tanto absorben la actividad del espíritu, distrayéndole de los libros y asuntos literarios; y, sobre todo, la previsión de los grandes males que al renacimiento filosófico de nuestra patria acarrearían sus ataques de V. á la escolástica, si no se le oponían, como fuerte dique que atajara el mal en su nacimiento, la autoridad científica y doctrinas de algún nombre ilustre en la república filosófica, hicieron que cuando volví á tomar la pluma, no lo hiciese para responder á V., sino para invitar privadamente á los grandes filósofos escolásticos, á los sabios hijos de Santo Domingo, á los esclarecidos discípulos de Santo Tomás, para que, saliendo á la palestra, contrarrestasen los esfuerzos de V. en contra del

renacimiento escolástico en España. Quizá, si no las mismas, análogas ó semejantes causas, les obligaron á deplorar en silencio que el joven erudito, que tan valientes asaltos acababa de dar á la impiedad y al racionalismo, volviese ahora sus armas contra la filosofía *tomista*, única filosofía cristiana que ha quedado en pie y que reverdece con vigor después de la inundación del racionalismo. Lo cierto es que, si bien me animaron á la pelea, suministrándome armas defensivas con que acudir á los flacos de mi coraza, me dejaron á mí solo el empeño; á mí, siempre impotente para medirme con V., pero mucho más en la presente ocasión y en el presente estado de mi ánimo; estado de prostración y abatimiento, más propicio para el recogimiento y la meditación que para la lucha.

Pero, sea como quiera, heme aquí casi sin libros también, pues plúgome no abrir casi ninguno, no porque pueda sin ellos, como V., inundar con prodigiosa erudición estas páginas, sino por falta de ánimo y de tiempo, y por hacer más explicable mi torpeza. Heme aquí, repito, como David enfrente del gigante Goliath; como David, sin

fuerzas , pero armado de la honda escolástica , cuyos disparos , bien que por más certera y ruda mano dirigidos , dieron ya en tierra con otros gigantes que salieron á desafiar á tan alta filosofía desde los campos del Renacimiento , de la Reforma y de la Enciclopedia.

Bien se me alcanza que rechazará V. este papel , que , con justicia , sin embargo , en la ocasión presente , le atribuyo de enemigo de la filosofía de Santo Tomás , recordándome que , si en sus cartas á Laverde la colmó ya de elogios , en esta , á que contesto , con ser su objeto probar que el *vivismo* no era inferior al *tomismo* , califica V. á éste de «el más firme valladar que en España hallan las invasiones racionalistas» , asegurando que le «aquejaba el temor de haber hablado con irreverencia del *tomismo* , tan luminoso , tan sublime y tan sesudo sistema» , rogándome que «no considerase esta carta como escrito *anti-tomista*» , pues V. , aunque sin serlo TO-DAVÍA , «venera , respeta y acata el tomismo como el más fervoroso de sus adeptos» , conviniendo que «el Ángel de las Escuelas tiene por patria el mundo y á la humanidad por discípulo» .

Pero si bien es cierto que V. no es enemigo substancial y sistemático del *tomismo* , no lo es menos que las *preocupaciones humanistas* á que V. se confiesa un tanto accesible , le asaltaron de tal manera en esa Florencia , «en esa moderna Atenas» , como V. la llama , «donde aún vagan las sombras de Lorenzo el Magnífico y de Ángelo Poliziano» , que , sin detenerse á contemplar la sombra más augusta por cierto del ilustre Savonarola , se entregó V. á sus naturales inclinaciones , dejándose llevar de las corrientes apacibles de la literatura renaciente , hasta dar más importancia á la forma que al fondo ; nota característica que domina en su carta de V. , y que es el eco que á través del baluarte de su fe y de su ciencia resuena en su trabajo , eco producido por el grito de rebeldía que levanta en la sociedad la carne , reivindicando sus derechos sobre el espíritu , espíritu y carne vueltos , si no á su primitiva concordia , á su ordenada subordinación en los grandes días de la Edad Media.

«Obra santa y grande» llama V. á la obra del Renacimiento ; y he aquí , amigo mío , la clave de sus erradas apreciaciones . La obra del Renacimiento ni fué grande ni santa ,

como no fué santa ni grande la obra de la Reforma. La grandeza y la santidad fueron los caracteres de la verdadera Reforma y del verdadero Renacimiento, que tuvieron lugar, aquélla en el siglo xvi, por medio de los grandes teólogos escolásticos reunidos en Trento; éste en el siglo xiii, por medio de aquel irresistible movimiento de condensación, depuración y adelanto que se apoderó de todas las inteligencias y corazones en todas las esferas de la vida, y del que, como causa y efecto á la vez, aparece, como dominándole, impulsándole y dirigiéndole, la gran figura del teólogo y filósofo escolástico Santo Tomás de Aquino.

Y como este es el nudo vital de sus apreciaciones y el foco de donde irradian los tiros que en la carta de V. se dirigen á la ciencia y á la literatura de la edad cristiana por excelencia, creo más conducente al asunto y al fin que me propongo, herir con mano firme y de una vez en el corazón de sus doctrinas, que irme de rama en rama y de espina en espina para abatir el árbol peligroso que V. ha levantado, y que, á pesar de mi flaqueza, confío en que ha de venir al suelo en cuanto aplique á su robusto tronco la ace-

rada segur de la incontrastable lógica escolástica.

Y para proceder con método, fijemos bien de antemano el sentido histórico de la palabra *Renacimiento*.

Es indudable que, merced á los restos de las primitivas revelaciones conservados por la tradición, más ó menos desfigurados, y á los poderosos esfuerzos de la razón humana en todo su vigor natural, se habían elevado antes del cristianismo, en medio de las aberraciones del espíritu, esclavo incondicional de la carne en los antiguos días, monumentos de imperecedera grandeza en casi todos los ramos del saber humano.

La personalidad humana, posesionada ya de la conciencia de su propio valer, se había proclamado á sí misma enfrente de la tiranía de la madre naturaleza, entre cuyos brazos se perdía y como se anegaba después de la revuelta ocasionada por el pecado original el hombre racional y libre. Platón y Aristóteles en filosofía, Homero y Demóstenes en el arte de la palabra, Fidias y Praxíteles en las artes plásticas, habían llegado á la meta del progreso posible en la antigüedad, sustrayendo con mano firme y vigorosa la indi-

vidualidad humana, en cuyo conocimiento basaban la sabiduría, á la absorbente presión de la totalidad panteísta en que, perdida la luz de la revelación, se había anegado el hombre, al verse débil y solo, ante las imponentes manifestaciones de una naturaleza exuberante y virgen.

Pero si la razón natural, en sus condiciones más propicias para su total desarrollo, les había permitido fijar con caracteres inmortales los eternos fundamentos de toda obra intelectual, esa misma razón, privada de la luz sobrenatural que da la gracia, no les había impedido caer en todos los crímenes y vicios que solicitan y tientan á todo ser racional en este valle de miserias. Así es que el progreso intelectual, falto del apoyo y de la luz del progreso moral, empezó á caer por la pendiente de la decadencia con dirección á la sima de la barbarie.

Entonces vino el Cristianismo, y esta doctrina celestial, cuyo fin está contenido en aquellas palabras casi divinas caídas de los labios del Apóstol: *Instaurare omnia in Christo*, empezó por restaurar lo más esencial, las almas, que restauró, no con las ciencias y las letras, sino con las virtudes.

Las ciencias y las letras, que se bautizaron entonces, se bautizaron ya viejas. Eran catecúmenos decrepitos. Las artes decapitaron á Júpiter, para colocar sobre sus hombros la cabeza de Jesucristo, y el Cristianismo, que necesitaba salir de las catacumbas, no pudiendo habitar en los santuarios de la abominación, improvisó sus templos en las basílicas.

Lo principal estaba ya conseguido. El camino del cielo estaba expedito para las almas.

Pero el Cristianismo es divino, y como divino fecundo, con fecundidad que todo lo abarca. Así fué que, una vez restauradas las almas en Cristo, emprendió la restauración de todo lo demás, y, en medio de las vicisitudes humanas, y á través de luchas y de azares, conservando siempre el elemento natural y operando siempre sobre lo existente, mejorando sin destruir, lo purificó y lo transfiguró todo, *restaurándolo todo en Cristo*; y completando la antigua filosofía con las verdades de la revelación, formó la *teología escolástica*; y combinando el elemento socialista del paganismo culto con el elemento individualista del paganismo bárbaro, formó el organismo político, jurídico y eco-

nómico de la *Cristiandad*; y utilizando los adelantos que en el metro y la rima habían hecho los antiguos, y hasta las alegorías paganas, dándoles su verdadero sentido trascendental, é inspirándolo todo en el espíritu de la nueva ley, nos dió la *Divina Comedia*; y hasta las piedras mismas, informadas por la divina aspiración, se escalonaron hacia el cielo, formando en el espacio, como si las sostuvieran las alas de la fe, con los arcos ojivales de la *catedral*, el templo verdaderamente cristiano.

Y no nos venga la erudición demostrando el proceso de la mecánica, la genealogía de la ornamentación, la génesis del simbolismo; que no ignoramos que, además de ser esto prueba de lo mismo que sostenemos, Dios se vale de causas naturales para sobrenaturales efectos; que la historia, hija de la humana libertad, es la apoteosis de la Providencia divina; y ciertamente, cuando el primer déspota infame eligió para primer suplicio de su primer esclavo la cruz, no sospechaba que conspiraba de antemano á la exaltación de esa misma cruz, que de suplicio del esclavo había de convertirse en árbol de libertad, cuya savia fuese la sangre

de un Dios, siendo su fruto la redención del universo.

El hecho es que el ideal cristiano estaba patente. La hora de su realización, marcada en el plan divino, se había ido preparando por medio y á despecho de los mismos hombres y de los mismos enemigos eternos de Dios. Pero Dios, que por no sé qué ley histórica, que respetuosamente reverencio, pero que humanamente deploro, nunca nos permite realizar por completo los ideales, abre los pliegues de su manto misterioso para dejarnos entrever, y luego nos los cierra, como si quisiera enseñarnos que su realización absoluta sólo es posible en el cielo. Todos los monumentos ideales de la humanidad están incompletos, lo mismo los poemas que las catedrales, que las grandes empresas de los héroes del cristianismo. Parece que el pecado original, que destruyó aquel magnífico plan del universo armónico, se cierne sobre todas las obras de los hombres; su concepción es maravillosa, su ejecución empieza bajo magníficos auspicios; pero á lo mejor sobreviene la catástrofe, y la obra queda interrumpida.

Esto le sucedió á la Edad Cristiana. A tra-

vés de invasiones y de peligros, en medio de luchas y de tinieblas, entrevió el ideal de todas las cosas atraídas hacia su perfección por la cruz en que, Rey del Universo redimido, se levantaba Nuestro Señor Jesucristo. Con los pies sumidos en el lodo que salpica la tierra, pero fija la vista en el cielo, presentaban unánimes aquellas generaciones todas las cosas á su Dios, idealizándolas y transfigurándolas á la luz de su ideal divino. Casi lo habían conseguido ya, cuando sobrevino la ineludible catástrofe. Cerró Dios los entreabiertos pliegues de su manto. Bajó el hombre sus miradas hacia la tierra, y al grito de ¡*arriba!*, que había resonado en todos los corazones exaltados por el ideal celeste, sucedió el grito de ¡*abajo!*, que hizo resonar en su centro la torpe voz de las groseras realidades.

Y, como todo lo que se verifica en la historia, á la consecución de este tristísimo fin conspiraron, con el plan de Dios que lo permitía, el abuso que el hombre hizo de su libertad propia en todas las esferas de su acción, y las infernales maquinaciones del abismo.

El paganismo, esto es, la idolatría, ó sea la adoración del demonio con el culto del

vicio, en que nos sumió el pecado original (destronado por la redención de las almas, más tarde de la sociedad, y por último de las ciencias, de las letras y de las artes), se había refugiado en el misterioso seno de las herejías durante el tiempo de la fe en la Edad Cristiana; pero apenas vió que la humanidad bajaba á la tierra sus ojos, antes fijos en el cielo, la llamó con su cántico de sirena por la voz de las letras renacidas; tomó posesión del cuerpo de los ídolos aún no despojados de las cabezas postizas de los santos, se infiltró en brazos de la forma en el fondo de las obras científicas; de la cabeza de los sabios que teorizaban el vicio para no avergonzarse de cometerlo, se corrió al brazo de los reyes, ansiosos de esgrimir las dos espadas que les presentaba el cesarismo pagano, y si no pudo sentar su trono en el tabernáculo, subió las gradas del altar, y con la venia de los mismos Pontífices tomó posesión de los retablos.

Gramáticos, legistas, artistas y monarcas llevaron á cabo la descristianización de las artes, de las letras, de las ciencias y de la política en ese período que se conoce en la historia con el nombre de *Renacimiento*. La

religión no se podía descristianizar, pero podía forzársela á habitar en aquellos templos que no había querido ocupar cuando, abandonando las catacumbas, había tomado posesión de las basílicas.

Y lo que no se puede, se intenta. El paganismo, fingiendo avergonzarse de sí mismo, como los estoicos se avergonzaban de los epicúreos, intentó posesionarse de la religión con el nombre de la *Reforma*, y destruir sus dogmas, proclamando el cesarismo en política, el sensualismo en las costumbres, el fatalismo en la conciencia, el racionalismo en el entendimiento, el paganismo, en fin; y en brazos de estos vientos que asolaron la mitad de Europa, se mecía el monstruo de la Revolución, que, en vez del Papa-Rey, quiere el César ateo, que ofrece en la Roma de los ídolos víctimas humanas en holocausto á Luzbel, el ángel de la revuelta, que cree llegada ya por fin la hora suprema de su desquite contra Dios.

Tal fué la obra del *Renacimiento*, que, causa á la vez que pretexto y ocasión de la *Reforma*, inició la restauración del paganismo, proclamado hoy abiertamente por la *Revolución* cosmopolita.

Así, pues, conste que entiendo por *Renacimiento* el movimiento pagano que, predominando sobre el elemento cristiano en la Edad Media, tuerce el camino de la civilización cristiana, presentándola como ideal en artes, ciencias, letras, política, costumbres y religión; *la sociedad que cae al otro lado de la cruz*.

Todo el que trate de aprovechar los elementos de aquella sociedad, depurándolos y convirtiéndolos para hacerlos servir en su respectiva esfera al ideal cristiano, no es *renaciente*. Eslo, por el contrario, todo el que, aunque conserve la significación cristiana, busca su expresión *ideal* en las fórmulas del Paganismo.

No entiendo por *Renacimiento* el hablar mejor el latín ni el griego; el esculpir mejor que los artistas de la Edad Cristiana. Entiendo por *Renacimiento* el anteponer en absoluto Homero á la Biblia, y Platón á San Pablo; representar á la Virgen María con las formas de Venus, y proclamar la omnipotencia del César sobre la libertad de reinos y repúblicas, asilos de las libertades locales, que, organizadas en la gran *Etnarquía* cristiana, navegan, regidas por el navío almi-

rante, que las conduce en ordenada escuadra (dejando al respectivo piloto el interior gobierno de cada nave), al fin último de hombres y naciones juntamente.

Y para entendernos de una vez, llamo *Renacimiento* á lo que la historia se lo llama, á la invasión del paganismo, que, con la venida de los griegos arrojados de Constantinopla, hace de la Europa cristiana, que acudía á las alturas de la gloria, la Europa pagana primero, protestante después y revolucionaria por último, que hoy miramos abismarse en la insondable sima de la barbarie.

Y sentado esto, claro es que para mí, como tampoco para V. seguramente, no puede ser *obra grande ni santa* la obra del *Renacimiento*. Que, á la manera de todas las herejías y de todos los males en la historia, haya sido causa ocasional de bienes, no lo niego. Que en determinadas esferas, en la *filológica*, por ejemplo, haya producido incontestables ventajas, lo aseguro con completa seguridad; pero que estos bienes y ventajas compensen de tal modo sus extravíos, ni menos los justifiquen hasta el punto de considerar el *Renacimiento* como una *obra*

santa, lo rechazo con toda convicción, y estoy seguro de que, entendido el Renacimiento así, tampoco V. lo admite.

Aunque V. seguramente no, no faltará quien repita, al leer mi opinión sobre ambos momentos de la historia, toda esa serie de lugares comunes sobre *épocas bárbaras* y de *tinieblas*, de *superstición* y de *ignorancia*, con que se atrevieron á bautizar á la Edad Media los pedantescos renacientes. V., mejor que yo, sabe el valor y significación de esas palabras en boca de humanistas y protestantes, volterianos y secuaces de la revolución que nos deshonoró; y V., mejor que yo también, sabe á qué han quedado reducidas, después de los trabajos de Chateaubriand, Schlegel, Lenoir, Caumont, Guizot, Thierry, Ozanam, Montalembert, Müller, Leo, Vogt, Hurter, Ranke y tantos otros como han puesto de manifiesto las incontestables grandezas de aquella edad, que no podrán nunca comprender las almas enamoradas de los ideales griegos y romanos.

No, la verdad es que el Renacimiento pagano, es decir, *Renacimiento del paganismo*, no hacía falta, á mi ver, dando por supuesto la maldad y el error del que el cris-

tianismo había destruido y aniquilado, substituyéndole como religión y como doctrina; y *Renacimiento clásico*, esto es, renacimiento de la ciencia, de las letras, de la política y de las artes de las épocas paganas, no hacía falta tampoco, si se habría de comprar á tanta costa, por las siguientes razones:

1.^a Porque ya se venía verificando desde mucho antes, ó, mejor, porque, no habiéndose perdido nunca por completo el caudal, se iba aumentando poco á poco, depurándolo, purificándolo é incorporándolo á la ciencia cristiana.

2.^a Porque mejor que volviendo á él mediante parodias ridículas por lo impotentes, y serviles imitaciones de sus obras literarias y artísticas, convenía volver, como habían empezado los grandes hombres de la Edad Cristiana, acudiendo á las fuentes perennes del saber y á los inagotables veneros de la inspiración, abiertos por Dios en el gran libro de la naturaleza, para recorrer cuyas páginas tenían sus hombres la luz preclara de la fe, en lugar de la antorcha vacilante de la razón, única que habían tenido los paganos.

3.^a Porque siendo la forma como irra-

diación suprema del fondo de que es expresión y manifestación completa, la forma literaria y artística *completa* de los errores paganos, no podía convenir sino deshaciéndola de nuevo, para informar sus elementos con la doctrina opuesta, de modo que pudiera servir de expresión á las verdades cristianas.

Y 4.^a Porque era, como lo confesaron los mismos que lo intentaban, materialmente imposible la vuelta á una sociedad muerta, cuyas claves literarias nos eran desconocidas y cuyos resortes artísticos nos estaban vedados.

La historia confirma ampliamente estas aserciones de la razón.

El verdadero renacimiento del saber y de la virtud, del bien, de la belleza y de la verdad, cuyos elementos guardó la Iglesia en sus altares, depositarios de la gracia, en sus dogmas, y en sus claustros y archivos, conservadores de la tradición y fideicomisarios de las letras, lo verificaron, personificándolo, á despecho de los embates de la barbarie pagana y del paganismo bárbaro, Santo Domingo y San Francisco en las costumbres, Santo Tomás en la ciencia, San Buenaven-

tura en la mística, Rogerio Bacon y Vicente de Beauvais en las ciencias, Dante en la literatura, y Giotto en el arte, precedidos, acompañados y seguidos de aquella pléyade de santos, sabios, místicos y artistas que hicieron del siglo XIII el gran siglo de la Edad Cristiana.

De tal modo, que, á no ser por la *consabida catástrofe*, la civilización hubiera llegado á su plenitud sobre la tierra en esos mismos siglos XIV, XV y XVI, en que, á pesar de haber sobrevenido, todavía florecieron una Santa Catalina de Sena, un Savonarola, un Fray Angélico y los doctores del Concilio Tridentino, en los que, tanto por el hábito que vestían como por la ciencia con que iluminaban los senderos de su virtud, de su religión y de su arte, se veía, á través del Renacimiento y la Reforma, cómo la verdadera Reforma y el verdadero Renacimiento del mundo estaban en aquellos hombres del siglo XIII, cuyas religiones profesaban, cuyos escritos estudiaban para aplicarlos, y cuya obra magna colocaban en el mismo siglo de León X, junto con las Sagradas Escrituras, al uno y otro lado de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Y mientras tanto, los que se llaman *renacientes*, cuando en realidad debieran llamarse *desenterradores*, poseídos de un vértigo suicida, y sin mirar adónde había conducido á los griegos de Constantinopla el abandono de la unidad y con ella del espíritu y de las letras cristianas, acogen con transportes de exaltación y de locura cada fugitivo que, escapando de la cimitarra de Mahometo, aborda á Italia trayéndoles la peste entre los pliegues de sus afeminadas vestiduras, entonan cánticos alrededor de cada manuscrito que aparece, y se forman en procesión para honrar cada estatua que se descubre. Las letras y las ciencias que profesaron un San Agustín y un Santo Tomás, son calificadas de *bárbaras*. *Época de barbarie* se llama á la Edad Cristiana, *Religión de los bárbaros* al Cristianismo, *gótica* con desprecio á la arquitectura religiosa; y mientras, al culto de Jesucristo sucede el de Platón, y á los divinos rostros de las vírgenes y los ángeles, los rostros de las ramerías en los altares, y á la gran ciencia escolástica el aristotelismo no purificado, el averroísmo redivivo, el neoplatonismo divinizado, y un eclecticismo más repugnante que el de la escuela de Alejandría;